

ye Platón á una mantinea, Diotima, los más bellos discursos del *Banquete*. Desde la mitad del siglo VI es un hombre de Mantinea, Demonax, el designado por la Pitia como el ciudadano más prudente y capaz de volver la calma interior á los cirineos, perturbada por las discordias (1). Á pesar de las querellas frecuentes con sus vecinos de Tejea, á pesar de la vigilancia, en ocasiones envidiosa é incómoda, de Esparta, los mantineos permanecieron hasta el siglo V en ese estado político primitivo, que bastaba á satisfacer sus aficiones modestas. Parece que sólo hacia 460, bajo la influencia de Argos, la Confederación mantineana realizó lo que los griegos llamaban un *sinecisma* (συνεκισμός), es decir, su concentración en una ciudad única por la fundación de una población propiamente dicha. Ésta adoptó el nombre de Mantinea del lugar en que se estableció (2). Se rodeó de murallas y vino á ser como la ciudadela avanzada del espíritu democrático en el Peloponeso enfrente del dorismo de Esparta. Encuéntrase desde entonces Mantinea en estrechas relaciones con todas las potencias enemigas de Esparta y de la aristocracia, especialmente con Argos y Atenas.

Toda su historia durante un siglo no es más que un largo esfuerzo para defender su autonomía contra Lacedemonia. Lo consigue con bastante fortuna durante todo el siglo V

(1) Herodoto, IV, 161.

(2) V. Fougeis, ob. cit., p. 372-378.

y hasta logra extender su dominación sobre la Arcadia occidental; pero al comienzo del siglo IV sufre terribles vicisitudes. En 385, vencida por el rey de Esparta Agesípolis después de un sitio que la destruyó, fué tratada por sus vencedores con un encarnizamiento de odio que mostraba bien á las claras el temor que había sabido inspirarles; no sólo fué arrasada la población, sino que además fué destruída la unidad de la ciudad y devueltos sus habitantes á los demos rurales, entre los cuales se rompió todo lazo político; cada uno de ellos considerado autónomo, quedó en realidad reducido á recibir dócilmente las órdenes de Esparta por mediación de una aristocracia laconizante. Jenofonte, gran adversario de la democracia y apasionado admirador de Esparta, creyó que las cosas estaban así lo mejor posible y felicitó á los mantineos por haberse desembarazado de sus demagogos (1); pero esta supresión violenta de una ciudad libre pareció á la mayoría de los griegos, y aun al moderado Isócrates, uno de los más terribles ejemplos de esta brutalidad espartana, que iba manifestándose cada día más y que revelaba la conciencia helénica. Tal estado de cosas duró hasta la batalla de Leuctres en 471. El primer cuidado de Epaminondas, vencedor de los espartanos, fué favorecer el despertar de sus enemigos. Los mantineos, apoyados por Atenas, resta-

(1) *Helen.*, V, 2, 7.

blecieron el *sinecisma* y reedificaron la ciudad. La democracia triunfó hasta en Tejea, y la Arcadia entera, bajo el vigoroso impulso del mantineo Licomedes, se organizó en una liga nacional presidida por Mantinea. Desdichadamente Licomedes murió; á su vez Tebas empezaba á hacerse sospechosa, y la batalla de Mantinea, en 362, vió figurar á los arcadios en la coalición de los enemigos de Epaminondas con los espartanos y los atenienses. Después de 362, Mantinea desaparece casi de la historia; desde entonces arrastra una vida política bastante obscura en medio de los últimos conflictos y se hunde, en fin, como todo el helenismo, en la nada de una existencia puramente municipal, en la cual las luchas intestinas no tienen ni siquiera la excusa de cierta grandeza.

En suma, la democracia mantinea ha durado en pleno desarrollo poco menos de un siglo, desde el primer *cinecisma* hasta la catástrofe de 385; luego no se recobró más que para perder pronto toda importancia en la caída común de la libertad griega. Este período es, pues, bastante corto y Mantinea, por lo demás, no alcanzó nunca en el mundo griego más importancia que la de una potencia de tercer orden. Es, sin embargo, interesante por el carácter original de sus instituciones. La democracia, en efecto, ha sido en ella la menos urbana que nos presenta la Grecia: es una democracia de campesinos, con una fisonomía general muy característica y ciertos rasgos que no se encuentran en ninguna otra parte.

En una población que vive en el campo, lejos de la ciudad, y que está retenida por sus trabajos, es difícil ir con frecuencia á las Asambleas y proceder á las numerosas operaciones que implica el gobierno democrático. Así fué como en Atenas la realidad del poder había pasado pronto á los habitantes de la ciudad, en detrimento de las gentes del campo que no se movían de él más que en las grandes ocasiones. Contra este inconveniente, las naciones modernas han inventado el sistema de la representación, que confía á diputados elegidos el cuidado de interpretar la voluntad nacional. Los mantineos no habían llegado completamente á eso; pero habían imaginado algo parecido. Nombraban electores encargados á su vez de elegir los magistrados. Estos electores pertenecían al conjunto del pueblo sin restricción de censo á lo que parece, pero probablemente fueran elegidos en virtud de una especie de votación (*κατα μέρος*), cuyo mecanismo preciso desconocemos. Los electores de primer grado tenían así menos ocasiones de alterar sus costumbres (1). Notemos también que se trata de elección, no de sorteo como Atenas, y que una de las principales censuras dirigidas en todo tiempo contra la democracia ateniense estaba prevenida en Mantinea. El total del pueblo no renunciaba por eso al derecho á deliberar libremente sobre los inte-

(1) Aristóteles, *Política*, p. 1318, B. 23-27.

res comunes: Aristóteles dice expresamente que la deliberación y la decisión soberana pertenece á todos. Pero es evidente que la Asamblea popular, libre del cuidado de elegir los magistrados, no se reunía más que en circunstancias importantes y relativamente raras. Había además en Mantinea una especie de Senado ó de Consejo (*βουλή*), sin duda elegido por el pueblo y que debía ser como la sección permanente de la Asamblea encargada de las negociaciones diplomáticas y de la preparación de las cuestiones destinadas á ser zanjadas por todos los ciudadanos.

En cuanto á los magistrados, sabemos que los más importantes eran los *demiurgos*, que á juzgar por su nombre parecen haber sido en el origen los jefes elegidos por los demos. El colegio de los *demiurgos* era el gran Consejo ejecutivo de Mantinea; es el que figura en primera línea en la prestación de los juramentos que acompañan á la conclusión de tratados con las ciudades griegas. Bajo ellos están los *teoros*, es decir, delegados cerca de los grandes santuarios, probablemente investidos también de ciertas atribuciones diplomáticas y políticas, y los *polemarcos*, esto es, los generales.

Aristóteles elogia en su *Política* á las democracias rurales en general, y es seguro que este elogio no se dirigía en su pensamiento particularmente á la democracia mantinea del siglo v, porque la nombra á continuación. Da sus razones: en una democracia de esta clase los aldeanos escogen á los mejores, y como se

reservan para sí mismos el derecho de dar cuenta á los magistrados, están ciertos de no sufrir ningún género de opresión. Por otro lado, no se ve á las Asambleas invadidas por la multitud de artesanos groseros y perezosos que se hallan siempre dispuestos en las grandes ciudades á asistir á las reuniones públicas; sin duda la democracia Mantinea ha logrado el raro privilegio de las alabanzas casi sin reserva de Aristóteles, por lo menos bajo su forma primitiva.

Conservó hasta el fin las mismas excelencias que debía á un tiempo mismo á la naturaleza de sus instituciones y al carácter propio del pueblo. De creer á Jenofonte, Mantinea había conocido también la demagogia y se debería á los demagogos el desastre de 385; pero ya hemos dicho que Jenofonte es un testigo más que sospechoso. Mantinea fué siempre una ciudad pequeña y es difícil creer que la plebe urbana haya logrado en ella un desarrollo considerable. Lo que parece cierto es que el ardor de la lucha contra Esparta repercutiera en la política anterior; en Mantinea, como en otras partes, hubo partidarios de Argos ó de Atenas y partidarios de Esparta. La oposición de los partidos debió irse acentuando poco á poco, produciéndose indudablemente excesos por parte de ambos; el establecimiento de la democracia en Tegea en 370, obra en la que tomaron gran parte los demócratas de Mantinea, fué acompañada de odiosos sacrificios. Pero es preciso pensar en que todo esto ocurre después de

la reconstrucción de Mantinea, destruída quince años antes por los espartanos, y en que los sufrimientos soportados y el deseo de venganza han llevado las pasiones á su límite. Puede afirmarse, por lo tanto, que la democracia de Mantinea logró durante el período normal de su existencia el mérito de conseguir elogios de un juez tan severo como Aristóteles, y que si terminó por caer á su vez en excesos que parecen haber empañado su fin, ello fué en una época en que el espíritu de violencia se generalizaba en toda Grecia y del cual la misma Lacedemonia dió palpables ejemplos.

#### IV.—La democracia en Sicilia.

La historia de la Grecia exterior, me refiero á la de Sicilia, la Magna Grecia y las colonias lejanas, no nos ofrece más ejemplos de una evolución pacífica y armónica hacia la democracia que la historia de Grecia propia, con excepción de Atenas.

Rindamos al pasar un recuerdo á una curiosa tentativa de los tarentinos para constituir bajo una aristocracia rica y preponderante una especie de colectivismo limitado á los pobres, es decir, lo contrario precisamente del sistema de Platón. Aristóteles, que menciona brevemente el hecho, parece dar á entender que no tuvo resultados favora-

bles (1). Ignoramos la fecha exacta y las circunstancias precisas en que se produjo este preciso ensayo y nos limitamos á consignarlo.

Recordemos también que Marsella, la gran colonia focea, había sido objeto por su constitución de un estudio especial del mismo Aristóteles, que la menciona elogiosamente en su *Política* (2).

Pero la única gran ciudad, excepción hecha de la Grecia propia, cuya historia podamos seguir precisamente en su conjunto es Siracusa. Dedicuémosle algunas palabras, toda vez que fué la más ilustre de las ciudades sicilianas y que ha representado un importante papel, pero sin detenernos en las violencias que se repiten con una monotonía fatigante, y sin dejar tampoco de ver la gravedad de las lagunas de nuestros conocimientos.

Siracusa, como Corcira, era una colonia corintia, por lo tanto de origen dorio, y hablábase en ella aún en tiempo de Teócrito (3) el dialecto del Peloponeso. Fundada en el siglo VIII, cuando gobernaban Corinto los bachiados, recibió de sus fundadores una Constitución de tipo dorio, es decir, aristocrática; por lo demás, la aristocracia con la monarquía era el único régimen que existía en el mundo griego. Los aristócratas de Siracusa

(1) *Política*, p. 1320, B. 10.

(2) *Política*, p. 1326, A. 30.

(3) Πελοποννασιαι λαλε υμες, llamada la siracusana del idilio XV.

se repartieron la tierra y se atribuyeron el poder político; eran hombres enérgicos, emprendedores, entregados á los negocios de la agricultura y á la guerra y capaces de triunfar en todas estas ramas de la actividad. Desde el siglo VI era Siracusa una de las grandes ciudades del mundo griego, la primera en Sicilia con Agrigente y á un tiempo mismo rica por su comercio y temible para sus vecinos por el número de sus oplitas. Se extendió rápidamente en un período de dos siglos, durante el cual fundó ciudades y llevó su hegemonía á los países próximos. Aristóteles la cita junto á Lacedemonia, entre las ciudades aristocráticas que combatieron las poblaciones que habían establecido entonces los tiranos su dominio (1). Pero el progreso de su comercio, su situación marítima, la afluencia de extranjeros á sus puertos, la prodigiosa extensión de su población, todo contribuía á alejarla de sus tradiciones políticas. Alrededor de las antiguas familias de origen corintio figuraba una plebe numerosa; metecos inteligentes se enriquecían en los negocios; un nuevo espíritu, cuya vivacidad brillante le hacía más parecido al de Atenas que al de Lacedemonia, animaba aquel gran organismo político, ya panhelénico y cosmopolita. La aristocracia cometió faltas y sufrió fracasos en su política exterior; estallaron discordias. A ellas siguió un

---

(1) *Politica*, p. 1312, B. 8.

período anárquico. Siracusa no quería soportar á sus aristócratas y no estaba aún preparada para una democracia razonable. La conclusión necesaria de estos desórdenes fué el establecimiento de la tiranía. Gelón, primero, luego sus dos hermanos Hierón y Trasíbulo, la gobernaron durante veintidós años bajo el título de reyes ó tiranos (488-466). De estos príncipes, los dos primeros fueron hombres de talento que elevaron notablemente su poder y su gloria á consecuencia de sus triunfos sobre los cartagineses y los etruscos, de sus construcciones y de sus alianzas con los tiranos de Agrigente y del esplendor de las fiestas poéticas y musicales de que supieron rodearse. Vivieron en la corte de Hierón, Simónides, Píndaro, Bachílides. Floreció al mismo tiempo la comedia siciliana que ilustró Epicharmos. Admirables monedas de plata, ofrendas á Delfos, victorias olímpicas y píticas llevaron á lo lejos el nombre de los tiranos de Siracusa. Más tarde toda aquella grandeza fué á hundirse bruscamente en los desórdenes que los excesos de Trasíbulo provocaron. En 466 cayó la tiranía y se estableció la democracia; este nuevo régimen debía durar sesenta años.

Sus comienzos fueron difíciles. Una multitud de ciudadanos nuevos entraron entonces en la ciudad (1). Ya otros habían ingresado en ella en tiempos de Gelón. Muchos mercena-

---

(1) Aristóteles, *Politica*, 1303, A. 38.

rios que habían formado parte de la guardia de los tiranos vivían en Siracusa, sin que se les reconociese derecho alguno. Reclamaban sus bienes los ricos á quienes habían despojado los tiranos (1). Es probable que los pobres reclamasen el reparto de tierras, atribuídas en otro tiempo á las familias corintias, á los γαμοροι.

Todo esto dió lugar á innumerables procesos, en los que tuvo su origen la retórica siciliana, y á violentas luchas que duraron algún tiempo. Registróse también el caso de jefes de partidos que intentaron restablecer, en provecho suyo, la tiranía; de ahí la institución de una especie de ostracismo que se llamó πεταλισμος, del nombre de las «hojas» (πεταλα), sobre las que se inscribía el nombre del ciudadano cuyo destierro se votaba (2). Sin embargo, en medio de estos desórdenes se organizaba la democracia poco á poco, extendiéndose de una en otra á todas las poblaciones sicilianas. Acabó por dominar, especialmente en Siracusa, bajo una forma que nos es mal conocida en su detalle, pero que debía ser algo semejante á la de las instituciones atenienses. Así vemos que los colegios de magistrados se reemplazan por magistraturas únicas. Había hasta quince estrategas que compartían el mando de las fuerzas militares; eran cinco más que en Atenas.

Parece que este régimen democrático duró

(1) Aristóteles, citado por Cicerón. *Bruto*, 46.

(2) Diodoro, XI, 87.

sin interrupción, á pesar de las siempre violentas luchas de partido, hasta la guerra contra Atenas en 415. Entonces el partido democrático á las órdenes de Atenágoras dió prueba de una rara imprevisión: á pesar de las advertencias de Hermócrates, jefe del partido conservador, no quiso creer en el peligro que le amenazaba. Cuando vinieron los hechos en contra de los demagogos, el poder pasó á manos de Hermócrates, quien hizo en primer lugar que se votase una importante modificación á la Constitución. Investidos de plenos poderes fueron nombrados para dirigir las fuerzas de mar y tierra (1) tres generales en vez de quince. Mientras duró la guerra fué Hermócrates el verdadero jefe de la ciudad. Pero en 409, cuando se hallaba en el mar al frente de la flota, se le destituyó, nombrándosele un sucesor. Se le vió ejercer entonces durante algún tiempo un extraño oficio de condotiero, guerreando por propia cuenta en Sicilia, procurando regresar por la fuerza á Siracusa sin conseguirlo. Resolvióse por fin el pueblo á llamarle, y Hermócrates preparó su regreso, aunque cuidando de librarse de los ataques de sus enemigos (2). Todo ello demuestra las condiciones violentas y precarias en que lucha constantemente la democracia de Siracusa.

Tres años más tarde Dionisio restablece la tiranía con ayuda del pueblo, desconfiado

(1) Diodoro, XIII, 4.

(2) Diodoro, XIII, 63.

siempre respecto de los nobles (1). Por lo demás, no hizo manifestaciones de democracia más que en el hecho de arruinar á los ricos con tanta perseverancia como éxito (2). Ya estaba á un lado la libertad de Siracusa; la democracia se había mostrado incapaz de vivir y durar allí. No debía tener más que algún momentáneo despertar, acompañado siempre de violencias y pronto seguido de profundas recaídas en el servilismo.

El primero de estos momentos en que despertó la democracia fué bajo Dionisio el Joven. Caracteriza el espíritu del pueblo de Siracusa. Fué iniciado por el buen Dion, filósofo virtuoso y discípulo de Platón. A la caída de Dionisio el joven, Dion predicó al pueblo la virtud, pero el pueblo le contestó reclamando el reparto de las tierras. Pronto se hizo la virtud de Dion tan insoportable á los siracusanos como lo había sido la tiranía de Dionisio. Después de toda clase de luchas en las que se mezclaban los triunfos y los fracasos, pereció asesinado Dion y volvió Dionisio á Siracusa (3).

Con Timoleón pudo creerse que iba á renacer por vez segunda la libertad siracusana. Después de derrocar á Dionisio el Joven y de vencer á los cartagineses, Timoleón restableció la república, pero las instituciones democráticas sólo vivían por él, sin ningún

(1) Aristóteles, *Política*, 1310, B. 30.

(2) Aristóteles, *Política*, 1259, A. 30, y 1313, B. 37.

(3) Plutarco, *Dion*.

fundamento sólido. Después de su muerte en 335 se reanudaron las discordias y la tiranía, restablecida á poco por Agatocles, fué ya la forma normal, por decirlo así, del gobierno siracusano. No tenemos por qué hacer aquí su historia.

#### V.—El final de las democracias griegas.

¿Habrá que seguir adelante y ver lo que llegaron á ser las democracias griegas en el período siguiente al triunfo de Macedonia? A decir verdad, el espectáculo es poco interesante. Las luchas intestinas son generales. Aristócratas y demócratas pelean encarnadamente, sin que les sirva de excusa la magnitud de las cuestiones que pretenden resolver: ya no se trata de principios ni de intereses generales; son luchas estériles de clase y miserables rivalidades de ambición. En este desorden llegan á establecerse las tiranías hasta en la misma Lacedemonia; pero no pierde mucho con ello la libertad, toda vez que las virtudes de la libertad habían desaparecido. Cuando se organizó, en el siglo III, la liga aquea, que tenía por fin restablecer la democracia en las ciudades griegas y defenderla contra los enemigos exteriores (macedonios, tiranos de Esparta, más tarde romanos), pudo verse que toda la Grecia estaba enferma y que las mejores intenciones eran

impotentes para la realización de cualquier cosa que tuviese una importancia de solidez y de eficacia en favor de la paz pública. El mismo Aratus, fundador de la liga, se ve incesantemente obligado á recurrir al apoyo de aquellos á quienes pretende combatir para lograr el triunfo sobre las ciudades griegas recalitrantes. Algunas veces está á sueldo del rey de Egipto; jamás puede hacer que reine el orden en Grecia. El relato de su vida por Plutarco no es más que una larga lista de ataques de poblaciones, de sorpresas, de carnicerías, de batallas. Interviene más tarde una segunda liga, la liga eolia. El mal sigue en aumento. Esta liga está organizada militarmente por los griegos más incultos. Añádese entonces á las demás causas de rivalidad una nueva. Agreguemos á esto que más de uno de los jefes de ambas ligas es accesible á la venalidad. En medio de este desarreglo político y moral sobrevienen los romanos. No tuvieron que realizar grandes esfuerzos para representar su papel; consiguieron poner á todo el mundo de acuerdo para reducir Grecia á provincia romana.

Todos los partidos son igualmente responsables de tal decadencia. Aristócratas y demócratas tienen de común entre sí el odio, el no ver en cualquier circunstancia más que su interés inmediato, su interés de clase, y el aceptar como buenos todos los medios, con tal de asegurarse un triunfo momentáneo; no sólo han hecho un llamamiento á las ciudades próximas y griegas, sino al extranjero

propiamente dicho, primero á los macedonios, después á los romanos. Estamos lejos de Pericles y de Demóstenes. Tenía razón Aristóteles al decir que la comparación de la democracia ateniense con las demás democracias destacaba singularmente á la primera. Esto ya era cierto en lo relativo á las democracias que había conocido. Es más cierto aún con relación á las siguientes.

Pero debe extenderse este juicio consignando que después de Alejandro no es una ú otra forma de gobierno la que declina, sino Grecia entera, atacada de un mal irremediable: el de no poder gobernarse á sí misma.